

PRAXIS, ESTÉTICA Y POLÍTICA EN LA FILOSOFÍA DE ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

Praxis, Aesthetics and Politics in the Philosophy of Adolfo Sánchez Vázquez

José Cepedello Boiso

Universidad Pablo de Olavide de Sevilla (España)

En el presente artículo, se analizan los rasgos esenciales de la trayectoria filosófica del pensador español, exiliado en México tras la Guerra Civil, Adolfo Sánchez Vázquez (1915-2011). En primer lugar, se realiza un somero recorrido por sus sucesivos contactos con la filosofía a lo largo de su vida: desde sus primeras lecturas filosóficas de juventud hasta su dedicación total a la misma como docente e investigador en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En segundo lugar, se estudian los elementos esenciales de su concepción marxista de la filosofía, de la estética y de la política.

Palabras clave

Adolfo Sánchez Vázquez, Marxismo, Filosofía de la praxis, Teoría estética

In this article we discuss the essential traits of the philosophical career of Adolfo Sánchez Vázquez (1915-2011), Spanish-born thinker exiled in Mexico after the Spanish Civil War. We start with a rough sketch of his successive contacts with philosophy throughout his life: from his first philosophical readings in his youth until his appointment as full-time professor of philosophy at the Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Next, the essentials of his Marxist conception of philosophy, aesthetics and politics are analyzed.

Palabras clave

Adolfo Sánchez Vázquez, Marxism, Philosophy of praxis, Aesthetic theory

El camino de Adolfo Sánchez Vázquez a la filosofía

Adolfo Sánchez Vázquez no se dedicó en plenitud a la filosofía hasta el comienzo de sus estudios universitarios en la maestría de Filosofía, que culminaron, en un primer momento, con su tesis de grado sobre la estética marxista (1955) y, posteriormente, con su tesis de doctorado, *Sobre la praxis* (1966). Estos dos trabajos de reflexión filosófica representan el inicio de una extensa carrera universitaria dedicada por completo a la filosofía, en general, y al marxismo, en particular, en el seno de la Universidad Autónoma de México.

Sin embargo, su inmersión definitiva en el quehacer filosófico y su orientación específica hacia el pensamiento marxista fueron el resultado último de una larga trayectoria muy condicionada tanto por sus experiencias vitales como intelectuales. Así, es indudable que sus primeros contactos con la filosofía se remontaban a su juventud y fueron debidos a la influencia ejercida por una de las personas que más huella dejarían sobre nuestro autor, su tío Alfredo Vázquez, quien, sin llegar a militar, tan siquiera, en partido u organización política alguna, fue fusilado de manera sumaria en los primeros días de la sublevación militar. En su Algeciras natal y, posteriormente, en Málaga, al tiempo que comenzaba su andadura de compromiso político, su tío Alfredo Vázquez le facilitó el acceso a la lectura de algunos libros de orientación marxista y anarquista, con los cuales, confiesa nuestro autor, «fui sentando los cimientos de mi ideología revolucionaria» (Sánchez Vázquez, 2003: 21-22). La impronta de estos textos será determinante y marcará, de una manera casi indeleble, los rasgos esenciales que acabarían convirtiéndose, en un futuro, en la columna vertebral del pensamiento de Sánchez Vázquez.

Desde el punto de vista de la acción política, en aquellos tiempos, Sánchez Vázquez se había afiliado, en 1933, al Bloque de Estudiantes Revolucionarios, ingresando ese mismo año en la Juventud Comunista. Sánchez Vázquez reconoce el carácter idealista, inconformista, romántico y utópico de su labor política en esos días, así como la afinidad que sentía hacia el que consideraba como un movimiento cercano, de hondas raíces anarquistas, el de las Juventudes Libertarias, aun cuando las relaciones entre ambas organizaciones fueran generalmente difíciles.

El contenido filosófico-político de las lecturas inspiradas por su tío Alfredo viene determinado, de igual forma, por estos dos componentes fundamentales: los elementos marxistas y anarquistas. Es imposible comprender la trayectoria tanto vital como intelectual de Sánchez Vázquez sin atender, en todo momento, a la compleja dinámica establecida, en su vida y en su obra, entre los elementos de raíz

marxista y los de sustrato anarquista. Así, desde un punto de vista biográfico, Sánchez Vázquez confiesa que sintió, en un principio, un marcado interés por las doctrinas de contenido anarquista, pero que, paulatinamente, fue avanzando hasta desembocar en una adhesión casi total al marxismo dogmático y oficial. Pero, de otro lado, desde la perspectiva de la evolución de su pensamiento filosófico es innegable que, con el avance de su reflexión teórica, sus posiciones doctrinales fueron alejándose de la interpretación ortodoxa del marxismo, muy condicionada en su tiempo por los dictados establecidos desde la URSS, fundamentalmente por la importancia que Sánchez Vázquez otorgaba a un principio: la libertad.

Ahora bien, la manera en que el concepto de libertad fue convirtiéndose en la herramienta esencial que permitió a Sánchez Vázquez alejarse de la ortodoxia marxista no constituía, en ningún caso, la herencia de ningún tipo de resabio doctrinal que tuviera su origen en alguna de las corrientes de pensamiento de raigambre liberal que imperaban por doquier y eran alimentadas desde Occidente como contrapunto al modelo filosófico-político marxista. En el caso de Sánchez Vázquez, la idea de libertad mantenía, aún, el sustrato anarquista insuflado por sus lecturas y sus experiencias de juventud, dado que se trataba no de una libertad comprendida como principio anquilosado en el seno de una estructura jurídico-política liberal, sino de una libertad entendida, en todo momento, como elemento esencial de la práctica revolucionaria. Un concepto de libertad que la mayoría de las doctrinas liberales del siglo XX entendían ya cumplido con las prácticas revolucionarias dieciochescas y decimonónicas, pero que, para Sánchez Vázquez, era preciso que se mantuviera vigente en cualquier doctrina filosófico-política contemporánea. Esto es, libertad no como concepto estático a partir del cual legitimar, de manera espuria, las estructuras de poder establecidas, sino como realidad esencialmente dinámica que solo tiene sentido en tanto que principio de subversión frente a las formas de ejercicio de poder sustentadas en la dominación y el control arbitrario de la acción libre de los sujetos.

Es desde esta concepción anarquista y revolucionaria de libertad desde la que Sánchez Vázquez acabaría posteriormente denunciando de qué manera los autoproclamados marxistas puros habían desdeñado un basamento esencial no solo del marxismo original, sino de todo movimiento revolucionario y que puede ser considerado como el germen mismo de toda revolución, esto es, la lucha por la libertad. Sin duda que esas lecturas anarquistas de juventud debieron ejercer una gran influencia en su constante cuidado en desarrollar un marxismo revolucionario entendido siempre como búsqueda

irrenunciable de la libertad. El mantenimiento, a lo largo de toda su trayectoria tanto vital como intelectual, de una fidelidad constante a su concepción revolucionaria de libertad permitirá a nuestro autor iniciar, con posterioridad, un constante y sólido camino de alejamiento de todas aquellas interpretaciones del marxismo que justamente habían tomado como punto esencial de referencia la renuncia presente al principio de libertad en pro de una supuesta consecución futura de la misma. Sin embargo, es evidente que, para Sánchez Vázquez, esta actitud vital e intelectual no llegará a convertirse, en ningún momento, en la necesidad de llevar a cabo un alejamiento paulatino del marxismo, sino todo lo contrario, se constituirá como el mejor acicate para indagar en las raíces más fidedignas de esta doctrina, a través del estudio directo de sus fuentes textuales más originarias.

Tras sus lecturas de juventud, Sánchez Vázquez tuvo su primer contacto con la filosofía, desde un punto de vista académico, con el comienzo, posteriormente interrumpido por la Guerra Civil, de sus estudios universitarios en Madrid. Ingresó en la Facultad de Filosofía y Letras, en la que destacaban, sin duda, dos figuras de gran talla filosófica: José Ortega y Gasset y su discípulo José Gaos (Sánchez Vázquez, 2003: 24). Aunque Sánchez Vázquez reconoce su valía y su admiración por ambos, así como por otros docentes del momento como Zubiri, al mismo tiempo se lamenta de la ausencia casi total de las doctrinas marxistas en las aulas universitarias. Incluso, muestra su sorpresa al no encontrar ni tan siquiera algún resabio marxista en las clases del socialista Besteiro, aun cuando las lecciones de este tuvieran como objeto una materia específica, la lógica, en principio ajena a referencias de contenido filosófico-político. En ese ambiente universitario madrileño, aunque es indudable que tanto Ortega y Gasset como Gaos dejarán su impronta en el pensamiento posterior de nuestro autor, para profundizar por su cuenta en su propia trayectoria intelectual, Sánchez Vázquez decide continuar su autodidacta labor de aprendizaje a través de la lectura directa de textos, con la intención clara de profundizar en el marxismo.

En esta línea, leía con entusiasmo las versiones de algunos textos de Marx que habían sido realizadas por Wenceslao Roces, aunque, al mismo tiempo, huérfano de alguna figura intelectual que le facilitara el acceso a la filosofía marxista, se quejaba amargamente de que «apenas si manejaba algunos textos clásicos (...) aunque sin rozar los problemas filosóficos» (Sánchez Vázquez, 2003: 24). Esta orfandad intelectual y este apego a los textos caracterizarán, sin duda, también, su posterior trayectoria filosófica. Cuando, ya en la UNAM, Adolfo Sánchez Vázquez se dedique por completo al estudio de la

filosofía y del marxismo, su labor intelectual estará marcada por un rasgo esencial heredado de su experiencia universitaria en Madrid: su búsqueda incansable de los textos originales de Marx y su fi-

Es imposible comprender la trayectoria vital e intelectual de Sánchez Vázquez sin atender a la compleja dinámica establecida, en su vida y en su obra, entre los elementos de raíz marxista y los de sustrato anarquista

delidad absoluta a los mismos. Todo ello permitirá a Sánchez Vázquez desarrollar una compleja y acertada labor interpretativa del pensamiento marxista caracterizada por dos rasgos. Por un lado, un alto grado de independencia intelectual que le permitirá, llegado su momento, liberarse de manera paulatina pero firme del influjo omnipresente ejercido por el marxismo ortodoxo de la época. Y, de otro, realizar esa labor de liberación sobre la base firme conseguida tras un estudio concienzudo y minucioso de los textos originales del propio Karl Marx.

Sus estudios universitarios fueron interrumpidos de manera brusca por el inicio de la Guerra Civil. La contienda acentuó el compromiso ideológico de raíz marxista de Sánchez Vázquez, quien intensificó en ella sus lazos de militancia política. En un primer momento, sorprendido en Málaga por el inicio de la sublevación militar, se unió a las tareas de defensa de la ciudad como miembro activo de la organización local de las Juventudes Socialistas Unificadas. Posteriormente, a lo largo de toda la guerra mantuvo su actividad en el seno de esta organización desempeñando, fundamentalmente, labores de propaganda a través de órganos de divulgación como el diario *Ahora* o mediante su participación en acontecimientos como el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, donde tuvo ocasión de conocer a intelectuales de la talla de André Malraux, Tristan Tzara, Louis Aragon, César Vallejo, Alejo Carpentier, Octavio Paz, Rafael Alberti o Ramón J. Sender, entre otros. Sus labores durante la guerra profundizaron la adhesión de Sánchez Vázquez al marxismo ortodoxo en la medida en que lo alejaron de la lectura detenida de los textos de Marx y lo im-

plicaron en la tarea de convertirse, con sus escritos, en uno de los portavoces de la doctrina oficial inspirada por los órganos centrales del Partido Comunista, los cuales, en aquellos momentos, se preocupaban, sobre todo, por mantener la mayor fidelidad posible a los dictados ideológicos promovidos desde Moscú. De esta forma, la experiencia de la guerra alejó a Sánchez Vázquez de los textos marxistas, al mismo tiempo que intensificó su adhesión a la disciplina política dictada por los cuadros superiores del Partido Comunista. Como él mismo confiesa: «Para un joven militante de filas como yo, ser marxista significaba comprender la justeza de nuestra lucha y la necesidad de actuar subordinándolo todo a un objetivo prioritario: ganar la guerra» (Sánchez Vázquez, 2003: 28).

Tras la dura experiencia de la derrota y el exilio, Sánchez Vázquez tendrá, de nuevo, ocasión de reencontrarse con la filosofía en unas circunstancias radicalmente distintas cuando, en 1941, se traslade a Morelia para dar clases de Filosofía en el nivel de bachillerato en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo de la Universidad Michoacana (Sánchez Vázquez, 2003: 32; Gandler, 2007: 69-70; Gutiérrez, 2004: XI). El reencuentro con la filosofía no va a ser meramente circunstancial, ya que, lejos de conformarse con llevar a cabo la mera tarea de impartir las lecciones, utilizando tan solo los conocimientos filosóficos ya adquiridos en su experiencia universitaria en Madrid, Sánchez Vázquez se dedicará a profundizar en la materia y a retomar su interés, ya demostrado en España, por el conocimiento directo de los textos, con especial atención, en todo momento, a los de contenido marxista:

En Morelia (y este es el otro acontecimiento decisivo), pude entrar de lleno, ante el reto de mis clases, en el terreno de la filosofía, y recuperar y acrecentar en horas interminables de lectura y estudio, con Aurora, que me servía pacientemente de interlocutora, todo mi bagaje teórico (...). Las exigencias de mis clases me obligaron a elevar mi formación filosófica y, hasta donde podía hacerlo, dada la escasez de textos confiables de que disponía, mi formación marxista. (Sánchez Vázquez, 2003: 33).

Tras los primeros años de difícil adaptación a la vida en México, sobre todo por la inevitable necesidad de conseguir el imprescindible nivel de asentamiento social y, fundamentalmente, económico, Sánchez Vázquez decide retomar sus estudios universitarios de Filosofía y Letras. En un primer momento, su interés se dirige hacia la literatura española. Sánchez Vázquez ya había mostrado su amor por la literatura desde su juventud en Málaga, a lo largo de los meses de sus estudios universitarios en Madrid e, incluso, durante la dura experiencia de la

Guerra Civil. Fruto de este interés literario fue su única obra poética, *El pulso ardiendo*. Los poemas que forman parte de este libro de poesía publicado por Adolfo Sánchez Vázquez fueron escritos entre Madrid y Málaga durante los últimos y agitados años de la República (1935-1936) y, a pesar de que su autor había intentado publicarlos en Málaga en la revista *Sur*¹, no vieron la luz hasta 1942 en México, debido a la ímproba labor de Manuel Altolaguirre, quien conservó el poemario durante los años de la Guerra Civil y lo llevo consigo a México, cuando el propio Sánchez Vázquez lo daba por perdido (Sánchez Vázquez, 2003: 20).

Igualmente, su pasión por la literatura se manifestó durante todos estos años de juventud en una ingente labor editorial y periodística, con participación activa en publicaciones como la ya citada revista *Sur*, en Málaga, o la revista *Línea*, durante su estancia en Madrid. Posteriormente, durante la Guerra Civil fue editor de los principales órganos de expresión de las Juventudes Unificadas Socialistas, las publicaciones *Octubre* y *Ahora*. Incluso, en los apenas quince días que duró la travesía del buque Sinaia, con la que inició su exilio en México, tuvo tiempo de emprender la tarea de redactar un periódico en el que registraba la vida a bordo y la intensa actividad cultural y social que desarrollaban todos los exiliados españoles en el barco. Ya en México, su primera labor intelectual y cultural va a ser precisamente de carácter editorial. Junto con otros seis exiliados funda, tan solo medio año después de su llegada, la revista *Romance. Revista Popular Hispanoamericana*, cuyo primer número apareció en México el 1 de febrero de 1940.

También diversas labores de tipo literario ayudarán a Sánchez Vázquez a sobrevivir en sus primeros años duros en México. Así, tras volver a la ciudad de México, en 1943, después de su estancia como profesor de Filosofía en Morelia, realizó todo tipo de tareas para subsistir: traducir, escribir novelas basadas en diversos guiones de películas de estreno o dar clases de español al personal de la embajada soviética. Su elección de llevar a cabo las asignaturas de la maestría en letras españolas al reiniciar sus estudios universitarios nos demuestra que, en esos años, en convivencia con su continuada actividad política orientada por las directrices del socialismo dogmático del partido, sus intereses intelectuales seguían siendo, sobre todo, los específicamente literarios, acordes con su producción poética inicial y con su actividad editorial, periodística y crítica en los

¹ «*Sur* iniciará en breve la edición de obras de firmes valores de la nueva generación literaria, con la aparición de sendos libros de Emilio Prados, Rafael Alberti y Adolfo Sánchez Vázquez», en *Sur. Revista de Orientación Intelectual*, n.º 2, p. 15. Salieron a la luz tan solo dos números de esta revista en los meses de diciembre de 1935 y enero-febrero de 1936 (Gutiérrez, 2004: VII-VIII).

diversos órganos de expresión en los que participó intensamente.

En línea con esta elección inicial, será igualmente en el ámbito literario en el que Sánchez Vázquez llevará a cabo sus primeros proyectos universitarios. Comenzó así a preparar su tesis de grado sobre el tema «El sentido del tiempo en la poesía de Antonio Machado». Sin embargo, las exigencias de la vida política y familiar le impidieron finalizar con éxito esta tarea y hubo de abandonar momentáneamente sus estudios. No obstante, no fueron en vano esos años de estudios literarios, ya que Sánchez Vázquez supo verter los conocimientos adquiridos en atinados trabajos de crítica que publicaría con posterioridad. Fruto de esta labor serán dos artículos que aparecerán ya en la década de los cincuenta: «El tiempo en la poesía española» y «Humanismo y visión de España en Antonio Machado». En ambos artículos se manifiesta de qué forma el enfoque crítico-literario de Sánchez Vázquez mostraba ya una clara orientación hacia la materia de la que luego se ocuparía con mayor detenimiento en sus primeros años de dedicación ya plena a la filosofía en la década de los cincuenta, la teoría estética. En este sentido, Sánchez Vázquez encuentra en Machado a un precursor de su propia teoría estética, cuando define su labor vital y poética como un pionero intento de intensificar el carácter esencialmente creativo de la literatura y como ejemplo paradigmático de una concepción del quehacer artístico caracterizada por desarrollar las fuerzas necesarias para liberar al ser humano de la situación de enajenación en la que se encuentra inmerso.

Así pues, durante toda la década de los cuarenta en México, a pesar de que, con el fin de preparar de manera adecuada sus clases en Morelia, Sánchez Vázquez había retomado el contacto con el estudio directo de los textos filosóficos, sus intereses intelectuales seguían siendo fundamentalmente de tipo literario, mientras que el marxismo se mantenía, para él, como un credo de orientación política, más que el objeto de reflexión teórica en que se acabaría convirtiendo años después.

En estas coordenadas, cuando en la década de los cincuenta se decida a reanudar sus estudios universitarios reorientándolos hacia la filosofía, este interés filosófico va a estar condicionado, en especial, por dos factores. Por un lado, su trayectoria intelectual, muy determinada por su interés por la literatura desde el punto de vista tanto de la producción como de la reflexión sobre la misma, dirigirá su mirada hacia el estudio de los mecanismos implicados en los procesos de creación y recepción artística, esto es, hacia la estética. Y, de otro, su trayectoria política, marcada, de manera indudable, por su compromiso ideológico con el marxismo, en tanto que doctrina central constitutiva del Partido Comunista, le condu-

cirá a retomar la que había sido otra de sus grandes pasiones intelectuales constantemente interrumpida hasta entonces, el conocimiento directo de los textos de Karl Marx. Una vez alcanzado un cierto nivel de estabilidad social y vital, el autor algecireño ve llegado el momento de reflexionar sobre los aspectos esenciales de la teoría marxista, tras largos años de dificultades y duros obstáculos sociales y vitales, pero también de intenso compromiso y activismo político. En línea muy acorde con su concepción «práctica» de la realidad, entiende que toda la apasionada práctica desarrollada en pro del marxismo exige, en esos momentos, una necesaria y razonada reflexión teórica.

Es evidente que el hecho de que Sánchez Vázquez comenzara su andadura académica filosófica en el ámbito de la estética no es sino un desarrollo coherente con el largo periplo vital, literario, intelectual y político previo que estamos repasando de manera somera en estas páginas. Como poeta, como incansable colaborador en revistas literarias, como preclaro crítico y teórico de la literatura y como inquebrantable activista político, Sánchez Vázquez consideró que la mejor manera de iniciar su inmersión en los escritos de Marx era intentando establecer un puente entre los dos grandes senderos que había ido trazando en su larga trayectoria vital, intelectual y política. Y, hasta esa fecha, su actividad creativa y sus estudios de reflexión teórica habían sido esencialmente literarios, mientras que la raíz de su práctica y su ideología política había sido, indudablemente, el marxismo. Por esta razón, el autor algecireño entenderá que la estética y el marxismo constituían los dos campos de estudio más idóneos que le permitirían unir de manera satisfactoria, tanto desde un punto vital como intelectual, las dos vías esenciales que habían marcado su trayectoria previa: la creatividad y la reflexión literaria junto al activismo y el compromiso con una determinada ideología política, profundamente enraizada en una concreta doctrina filosófica. Y, para culminar con éxito esta labor, disponía de todas las herramientas más idóneas: conocía los entresijos de la creación artística, puesto que había sido, y seguía siendo, poeta; además, no le eran extraños los métodos de reflexión sobre el hecho artístico, dada su dilatada carrera como crítico y teórico de la literatura; y, por último, había vivido en permanente contacto con la teoría y la práctica marxistas realmente desde su adolescencia.

De la estética a la política. La filosofía de la praxis y la crítica al concepto capitalista de arte

Dedicado ya por completo a la filosofía, desde el punto de vista académico, la labor filosófica de Sán-

chez Vázquez tiene dos fechas clave. Por un lado, su maestría de Filosofía con la tesis *Conciencia y realidad en la obra de arte*, de 1955, que sería el germen del inigualable estudio sobre la estética marxista que Sánchez Vázquez publicará en 1965 con el título *Las ideas estéticas de Marx*. Y por otro, marzo de 1966, pues en ese mes presenta su tesis de doctorado en Filosofía, titulada *Sobre la praxis*, germen, de igual forma, del que luego sería uno de sus textos más representativos y reconocidos, *Filosofía de la praxis*, publicado en 1967 y considerado por el propio autor como su libro fundamental, en la medida en que en él «se cristaliza –sobre todo en los aspectos filosóficos y teórico-políticos– el punto a que ha llegado mi visión del marxismo» (Sánchez Vázquez, 2003: 39). Como reconoce el propio Sánchez Vázquez, su visión renovadora y crítica del marxismo, desde la perspectiva de la filosofía de la praxis, no fue sino un desarrollo coherente con su concepción de la estética marxista:

La idea de Marx acerca del hombre como ser práctico, creador –aunque enajenado en la sociedad capitalista– junto con la idea del trabajo enajenado como negación de su actividad práctica, creadora, me condujeron a la idea del hombre como ser de la praxis y a la interpretación del marxismo como filosofía de la praxis. (Sánchez Vázquez, 1997: 158-159).

Sánchez Vázquez considera que, en Marx, la actividad artística aparece como una expresión superior de la praxis. La praxis debe tender a transformar radicalmente la realidad humana con la intención de instaurar una sociedad en la que el ser humano pueda desplegar todas sus potencialidades creativas, una vez que, previamente, se haya liberado de todas las fuentes de alienación que subvierten la capacidad emancipadora de toda su actividad productiva:

Al vincular lo estético con la práctica, la concepción estética de Marx, como toda su filosofía, se mueve en un plano radicalmente distinto al de la estética idealista. La primera de las *Tesis sobre Feuerbach* establece, frente al idealismo y al materialismo premarxista, un tipo de relación entre sujeto y objeto que permite también concebir el objeto artístico como producto, como actividad sensorial humana, como práctica, como prolongación objetivada del sujeto. (Sánchez Vázquez, 2005: 20-21).

La práctica es entendida por Marx como una acción desplegada por el ser humano sobre la naturaleza que, al llevar a cabo su transformación, permite la creación de una nueva realidad tanto exterior como interior. La capacidad creativa es, por tanto, el origen de la humanización de lo natural, en la medida en que los objetos producidos tienen como finalidad

satisfacer necesidades específicamente humanas. El ser humano necesita relacionarse con el mundo para transformarlo y conseguir, así, satisfacer sus necesidades. Cuando lo consigue se siente realizado, esto es, se siente reafirmado como ser humano. Esta capacidad productora no tiene una dirección unilateral, ya que el universo de las necesidades humanas es inmensamente rico y variado. Por esta razón, la realidad humana solo se afirma enriqueciendo sus relaciones con el mundo, a partir del objetivo original de satisfacer sus múltiples necesidades.

Una de esas múltiples relaciones del ser humano con el mundo es la relación estética. Lo característico de este tipo de relación es que, en ella, el ser humano desarrolla toda la potencialidad de su subjetividad hasta tal punto que lo subjetivo se vuelve objetivo y el objeto se vuelve sujeto. En palabras de Sánchez Vázquez, «la obra de arte es un objeto en el que el sujeto se expresa, exterioriza y se reconoce a sí mismo» (Sánchez Vázquez, 2004: 24). Ahora bien, esta relación dialéctica subjetivo-objetiva no la lleva a cabo el ser humano en una situación de aislamiento, sino en el seno de la comunidad social, dado que la expresión objetivada del sujeto puede ser, así, compartida por otros sujetos. En consecuencia, sin el necesario entronque «con los otros», la relación creativa no podría desarrollarse en toda su plenitud. Y todo ello con una finalidad clara: la humanización de cada ser humano mediante el proceso de autoproducción libre a través de la praxis creadora, en consonancia con la humanización del resto de los sujetos.

La actividad que permite que el hombre consiga humanizarse, al mismo tiempo que cubre sus necesidades mediante la transformación de la naturaleza, es el trabajo. El trabajo permite humanizar la naturaleza en la medida en que, en el proceso de su transformación, se produce la expresión de las fuerzas del ser humano. Es justamente esta capacidad del hombre de materializar sus «fuerzas esenciales», de producir objetos materiales que expresan su esencia, en donde reside la posibilidad de que ese trabajo se manifieste como arte. No existe, pues, la escisión entre arte y trabajo defendida por la estética idealista. Esta oposición solo es válida cuando nos hallamos ante alguna de las expresiones del trabajo alienado. Pero cuando el trabajo es realmente libre y creador adopta formas semejantes a las de la producción artística, ya que la raíz de ambas actividades es, en esencia, la misma (Sánchez Vázquez, 2005: 37).

El arte es, además, un fenómeno social. Es expresión de la individualidad más profunda del ser humano, pero no de una individualidad abstracta, trascendente y aislada, sino real, concreta y concebida siempre en el seno de una comunidad social. Toda obra artística surge desde un «yo» que se bus-

ca a sí mismo en relación continua con la naturaleza y con los «otros». Esta necesidad de relación con los otros conlleva, en primer lugar, que el artista sienta la necesidad de crear de modo que otros puedan compartir los frutos de su creación libre y, en segundo lugar, que no le sea indiferente el tipo de relaciones sociales en el marco de las cuales se lleva a cabo su actividad creativa. De ahí que Sánchez Vázquez sentencie: «Su obra tiene que reflejar su modo de sentirse como ser humano concreto en el marco del régimen social dado» (Sánchez Vázquez, 2005: 109). El arte está, pues, en íntima relación con otros fenómenos sociales como la política, la economía, la cultura o la religión y se ve, al mismo tiempo, mediatizado por ellos. Todos juntos forman, en terminología marxista, la «superestructura» ideológica de la sociedad. Los valores que predominen en esta superestructura determinarán, de forma decisiva, las formas de realización de la actividad artística. Si esta superestructura está dominada por los valores de la clase dominante, el arte mismo se verá sometido a sus designios. En ese caso, el arte pasa de ser una actividad libre y emancipadora a convertirse en uno de los mecanismos más eficaces para conseguir la alienación. Si el arte se pliega a los designios de la clase dominante, se convierte en una herramienta de cosificación y deshumanización de la existencia humana. Para Sánchez Vázquez, esta es la situación del arte en la sociedad capitalista. La sociedad capitalista solo permite que se desarrollen en su seno las manifestaciones artísticas al servicio de la enajenación del ser humano, mientras que, por el contrario, se muestra hostil a toda producción artística que intente mantener su verdadera naturaleza como actividad libre y emancipadora (Sánchez Vázquez, 2005: 112-115)².

En el sistema capitalista, la sociedad se opone al artista en la medida en que este se resiste a dejarse cosificar, en tanto que intenta expresar lo humano. Como el verdadero artista no se deja cosificar o, en otras palabras, no permite que su obra se integre en el universo abstracto, banal y cuantificado de la sociedad burguesa, esta lo condena a la miseria, la locura o incluso la muerte. El artista, por el mero hecho de permanecer fiel a su voluntad creadora, es decir, por mostrar de forma radical y libre la esencia de lo humano, se convierte en un enemigo de toda sociedad deshumanizada. La creación se con-

vierte entonces en rebelión y el arte se convierte en un acto heroico. Pero, justamente, es en esos periodos deshumanizadores cuando es más necesario el desarrollo del auténtico arte. En esta línea, Sánchez Vázquez invierte los términos de la sentencia de Ortega «La deshumanización del arte» y la convierte en «La deshumanización del ser humano».

La praxis debe tender a transformar radicalmente la realidad humana con la intención de instaurar una sociedad en la que el ser humano pueda desplegar todas sus potencialidades creativas

Ahora bien, convertir la actividad artística en un acto heroico y de rebeldía conlleva un peligro: el progresivo alejamiento del artista, esto es, la ruptura de su necesaria relación con los otros. El capitalismo se convierte, de esta manera, en un callejón sin salida para el arte: el arte inauténtico y enajenante llega a todos, mientras que el auténtico y emancipador se convierte en inaccesible para la mayoría: «El verdadero arte revela siempre aspectos esenciales de la condición humana, pero de modo que su revelación pueda ser compartida. La incomunicación artística es, por tanto, la negación del arte en un aspecto cosubstancial con él» (Sánchez Vázquez, 2005: 114).

El capitalismo se configura como un sistema que consigue romper la esencial relación entre sociedad y arte: el auténtico arte no es social y el arte que llega a la sociedad no es verdadero arte. Sánchez Vázquez analiza, de forma detenida, los mecanismos utilizados por el capitalismo para conseguir este objetivo (Sánchez Vázquez, 1996: 190-195). En primer lugar, en el capitalismo la obra de arte se convierte en mercancía y el arte se vuelve una rama más de la actividad económica. El valor estético del producto artístico se reduce al valor de cambio en el mercado y queda, por tanto, sometido no a las reglas del arte mismo, sino a las leyes de la economía. Además, al sujetarse el arte a la economía capitalista se somete, al mismo tiempo, a su máxima norma: la obtención del máximo beneficio. El arte se ve contaminado, de esta manera, por las técnicas de la producción masiva, que solo puede alcanzarse mediante una uni-

² Esta misma idea es abordada por Sánchez Vázquez en los siguientes capítulos de *Las ideas estéticas de Marx*: «La hostilidad de la producción capitalista al arte», «El artista y la sociedad burguesa», «El desenvolvimiento del arte en las condiciones hostiles del capitalismo» y «El capitalismo y el arte de masas», así como en otros trabajos como «Aportaciones a una estética marxista» y «Socialización de la creación o muerte del arte», aparecidos en el volumen recopilatorio *Cuestiones estéticas y artísticas contemporáneas* (Sánchez Vázquez, 1996).

formización de los productos que atenta claramente contra la libertad creativa. El arte se convierte en una realidad de producción y consumo masivos al servicio de las fuerzas alienantes de la sociedad capitalista, al mantener al individuo en la situación del hombre cosificado u hombre masa. El arte de masas conduce, inexorablemente, a la incomunicación del verdadero arte: el consumidor solo entiende el lenguaje del arte enajenante y los productos del arte creativo y libre le resultan indescifrables, mientras que el artista, para desligarse de ese arte inauténtico, intenta autoafirmarse afianzándose y profundizando en el hermetismo.

La alienación propia de la sociedad capitalista se extiende al arte tanto desde el punto de vista de los productores como de los consumidores (Sánchez Vázquez, 2005: 221-227). El carácter social del arte se pone de manifiesto en el destino de sus productos como objetos directos de consumo o de goce. Dado su carácter social, la producción artística solo se cumple en su totalidad cuando tiene lugar su consumo bajo la forma de goce. La obra de arte, pues, satisface dos necesidades que se hallan íntimamente entrelazadas: la necesidad de expresión del artista productor y la necesidad del espectador consumidor. Ambas necesidades se condicionan de forma dialéctica: la producción determina el consumo y el consumo orienta la producción:

La producción produce realmente los objetos, que, en cierta medida, han sido ya producidos «idealmente» como fines trazados por las necesidades del consumo. (Sánchez Vázquez, 2005: 224).

La producción artística no solo proporciona los objetos adecuados para satisfacer una necesidad humana, sino que crea también nuevos modos de gozar de su belleza y crea, asimismo, el sujeto, el público. (Sánchez Vázquez, 2005: 227).

En la situación alienada del arte en la sociedad capitalista, esta relación sirve para justificar las formas degradadas del denominado «arte de masas». En esta coyuntura, los productos de arte despersonalizado y hueco son los que mejor responden a las exigencias de los consumidores. El arte de masas aparece, en este sentido, como el producto de las propias masas, como el arte producido en virtud de las exigencias del consumo. Se llega a hablar, incluso, de la «dictadura de los consumidores». Pero, según Sánchez Vázquez, esta apariencia es falsa. La realidad es que es la producción, dominada por la idea de plusvalía, la que rompe la dialéctica y se impone a las formas de consumo, de tal forma que el consumo se halla dirigido y organizado para satisfa-

cer las exigencias de la producción. El poder de la producción es tal que esta no solo produce objetos, sino al sujeto mismo que ha de consumirlos. El consumidor ya no disfruta cuando encuentra en el arte una fuente de liberación y emancipación, sino cuando identifica en él alguna de las formas del «goce prefabricado» por los productores. La auténtica dictadura es la de los productores. El consumidor, alienado, no busca satisfacer sus propias necesidades, sino las necesidades económicas de los productores (Sánchez Vázquez, 2005: 236-250).

En el capitalismo se promueve la realización de aquel tipo de arte cuyo consumo permita mantener al ser humano en un estado permanente de alienación. La mercantilización del arte se convierte en una herramienta más para la mercantilización del ser humano:

El gusto y el criterio estético del consumidor se halla conformado o adaptado para apreciar determinados productos y descartar otros, justamente aquellos que tienen más alto valor estético, o los que ofrecen un contenido ideológico que entra en oposición con el pobre y mezquino molde en que ha sido encerrada su mente. (Sánchez Vázquez, 2005: 253).

El arte de masas alienante y deshumanizado se consolida, en este sentido, como la forma característica del sistema capitalista, en la medida en que logra cumplir una doble finalidad: por un lado, convertir el arte en mercancía propicia para un consumo masivo que ofrece los más altos beneficios y, por otro, uniformizar y cosificar tanto la producción como el consumo y cumplir, de esta forma, la función ideológica de salvaguardar y perpetuar la situación de alienación y dominación del ser humano.

Referencias

- Gandler, S. (2007). *Marxismo crítico en México: Adolfo Sánchez Vázquez y Bolívar Echeverría*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez Navas, M.^a D. (2004). Introducción a la edición facsímil de *El pulso ardiendo*. Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga.
- Sánchez Vázquez, A. (1996). *Cuestiones estéticas y artísticas contemporáneas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1997). *Filosofía y circunstancias*. Barcelona: Anthropos.
- (2003). *A tiempo y destiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2005). *Las ideas estéticas de Marx*. México: Siglo XXI Editores.